

EL COMERCIO

REVISTA CIENTIFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO A LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—Van Dyck, (continuacion) por X.—Á unos lábios, por D. J. Monreal.—El juramento del Bajá, por X.—La pregunta de la niña, por N.—Pensamientos, por Hércules.

GRABADO.—Paisage de los alrededores de Palma.

VAN DYCK.

(CONTINUACION.)



N este momento se oyeron las pisadas de un caballo: Rubens llegaba. Volvia del palacio de la vireina de los Países Bajos, Isabel de Austria, que le habia nombrado su embajador cerca de Inglaterra; absorto aun en las graves cuestiones que le habian ocupado, se dirigió derecho á su gabinete y dejóse caer en un sillón. Después de pasar revista en su memoria á los encargos que se le habian hecho y al importante papel que iba á representar, el amor al arte se dejó sentir; el diplomático cedió el puesto al pintor, y el pintor miró los cuadros bosquejados.

—¡Bravo! dijo; esto me satisface; jamás he encontrado en mis pinceles carnes mas bien entendidas. Esta Magdalena, sobre todo...

Se puso de pié y acercóse al cuadro; un estupor indefinible reemplazó á su contento. Entonces sus inteligentes miradas se fijaron en los detalles de la pintura, y rápido como el pensamiento penetró en el taller, donde su presencia difundió el terror.

—¿Quién ha osado introducirse en mi gabinete? preguntó con voz severa.

Silencio general.

—En valde procurais ocultar vuestra falta: no añadais á ella la mentira, que mas fácilmente disculparé la curiosidad que el engaño. No solamente alguien ha entrado en mi gabinete, sino que se ha intentado reparar el daño hecho á uno de mis cuadros. Hablad francamente, ¿quién de vosotros ha sido?

—Todos, señor, respondieron veinte voces.

—Si, pero no sereis todos lo que lo han retocado.

—Yo he sido, señor, dijo respetuosamente el nuevo discípulo, hermoso jóven que apenas tendria veinte y dos años.

Rubens clavó en él una mirada profunda; después sonriendo le tendió una mano, que el jóven cubrió de besos y de lágrimas.

—¡Ah! ¿Has sido tú, Antonio Van Dyck? En verdad que haces mucho honor á Van Palen. ¿Y qué venias á aprender á mi casa?

—A pintar, respondió modestamente Van Dyck.

—¡A pintar! Amigo mio, tú sabes cuanto se necesita; solo te resta estudiar la escuela italiana, y puedes contar conmigo para proporcionarte los medios. Yo tenia en tí un tesoro ignorado; hoy he hecho un precioso descubrimiento, y quiero que mi país goce de él. Trabajaremos algun tiempo juntos y luego partirás.

Los discípulos, tranquilos por ellos y encantados por su compañero, celebraron con unánimes aplausos el desenlace de aquella aventura.

Seis meses después, Van Dyck, montado sobre el mejor caballo de Rubens, se alejaba de Amberes. Habia dejado en memoria á su maestro tres cuadros, compuestos espresamente para él, y Rubens los habia hecho colocar en el mejor sitio de su estancia.

II.

Después de decir *adiós* el joven artista á todos cuantos amaba emprendió su camino lentamente hacia Bruselas. Cerca de la rica villa de Savelthem, dos hombres que seguían aquel camino pusieron sus caballerías al mismo paso que la de Van Dyck, y trabaron conversacion con él.

—Buen caballo llevais.

—Muy bueno; es regalo de mi maestro.

—¿De vuestro maestro?

—Sí; soy discípulo de Rubens.

—¿Rubens! exclamó uno de los aldeanos; ¿quién no le conoce en Flandes? ¿Luego sois pintor?

—Sí, y me dirijo á Italia.

—Y yo, que soy el burgomaestre de Savelthem, estoy encargado de buscar un pintor. Gracias á este encuentro mi encargo puede quedar cumplido si consentís en acompañarme.

—¿Teneis necesidad de mi arte? preguntó Van Dyck.

—Sí. Hace falta para el altar mayor de nuestra iglesia una *Sacra Familia*; se ha echado una derama entre los vecinos, y hemos podido reunir una no despreciable cantidad de florines.

—No faltará pintor, dijo Van Dyck; estad tranquilos, que no quedará el cuadro por hacer.

—No perded tiempo; desde este momento nos perteneceis.

—Convenidos.

El burgomaestre condujo á Van Dyck á su casa, y empezó por regalarlo pródigamente. Frente al artista fué á sentarse con los ojos bajos una joven rubia de diez y ocho años, hermosa como los ángeles.

—Esta es mi hija, mi Stelina, dijo el aldeano con cierto orgullo paternal.

—A fé mia, exclamó Van Dyck, el cielo me colma de favores. El encargo de una obra al principio de mi viage, la ocasion de pintar una *Sacra Familia*, asunto que me agrada sobre todos, y un modelo sin igual para la Virgen María.

—¿Cómo! exclamó admirado el burgomaestre; ¿os parece mi hija digna de tanto honor?

—Yo seré el honrado, si esta señorita consiente en servir de modelo á un aprendiz de pintor.

—¿Sabes, mi querida Stelina, interrumpió el burgomaestre, que será muy satisfactorio para nosotros que los habitantes del pais vengan á orar delante de tu imagen?

—Yo no lo permitiré nunca, exclamó Stelina.

—Permítelo, hija mia, conviene al mejor servicio de Dios.

Algunos días trascurrieron en una vida laboriosa é íntima. Stelina habia llegado á ser la amiga íntima del artista: ella lo animaba, ella ofrecia á sus ojos las mas lisonjeras perspectivas del porvenir.

—¡Ah! se preguntaba algunas veces Van Dyck; ¿qué es lo que yo voy á buscar tan lejos? Quizás agitaciones, combates, luchas horrosas, en tanto que aquí se goza de una vida apacible y risueña.

—Sí, Antonio, respondía Stelina, pero Savelthem es una aldea, y una aldea no conviene por mucho tiempo á un hombre como vos. Obedeced á vuestro maestro, pues os manda á un pais donde hay tan buenos pintores, no estareis en él de mas.

—Bien, obedeceré á Rubens y á Stelina; pero no quiero dejaros sin regalar á vuestra iglesia otro cuadro, que será un recuerdo personal. Ya lo tengo empezado.

—¿De veras?

—Es un *San Martin* á caballo, partiendo su capa con un pobre. El santo seré yo, el caballo el que el generoso Rubens me ha regalado. Vos mirareis algunas veces esta pintura, ¿no es verdad, Stelina? ¿Me olvidareis?

—Nunca, señor, nunca.

El artista, que como su ilustre maestro, debía recibir los encargos más honrosos y las pruebas más unánimes de la estimacion de los soberanos, empezó su carrera pintando para simples campesinos, para una humilde iglesia de aldea.

III.

Nos hallamos en el suntuoso palacio del cardenal Bentivoglio: Van Dyck está en él. El prelado le habia conocido durante su nunciatura en Flandes, y cuando supo su llegada á Roma, quiso tenerlo consigo. Un magnífico retrato fué el resultado de esta proteccion, que no debia tardar en proporcionar al joven artista multitud de envidiosos. En Venecia, Van Dyck habia copiado modestamente al Ticiano y al Veronés; en Génova habia dado las pruebas más relevantes de su genio; Roma, plagada de recuerdos y grandes obras del siglo XVI, le ofrecia el teatro de la verdadera gloria, y para colmo de dicha, Bentivoglio le allanaba todas las dificultades; pero la envidia estaba alerta con sus armas emponzoñadas. En esta época la ciudad eterna con-

tenia en su seno toda una colonia de pintores flamencos: estos quisieron asociar á Van Dyck á su vida disipada, á sus hábitos de pereza y embriaguez; pero fueron despreciados altamente; en casa de Van Dyck la conducta estaba á la altura del talento; el único defecto que hubiera podido echársele en cara era una generosidad imprevisora, que daba sin calcular y sin fatigarse nunca. Abandonados por su compatriota, los flamencos solo pensaron en vengarse. El mejor medio era desacreditar el estilo de Van Dyck, el de presentarle como un ignorante presuntuoso que no sabia manejar los pinceles; de irle privando poco á poco de aquellos protectores que aun no habian tenido tiempo de apreciarle, y que pronto le retirarian su amparo. Esta guerra detallada producía su efecto; el aprecio del cardenal por Van Dyck empezó á debilitarse, y un dia el jóven artista comprendió que no debía volver á presentarse en el palacio de su eminen-
cia.

Abatido por esta desgracia se encontró en uno de esos momentos en que desalentado el genio, no sabe qué rumbo tomar, cuando uno de sus enemigos vino á darle el pésame irónicamente; Van Dyck lo recibió con el más alto desprecio, pero sin exhalar una queja contra la inconstancia de los protectores. En el mismo instante entró el caballero Nanni, uno de los hombres más distinguidos de su época.

—Querido Van Dyck, le dijo; he sabido con una satisfaccion imposible de describir que no pensais prolongar vuestra residencia en Roma.

—En efecto, contestó Van Dyck con una sonrisa melancólica; se ha trabajado mucho con ese objeto.

—Estoy encargado de una mision cerca de vos. S. A. el príncipe Filiberto de Saboya, virey de Sicilia, desea encomendaros algunas pinturas para la ciudad de Palermo. Si aceptais sus proposiciones mañana salimos de aquí.

Van Dyck se volvió hácia el compatriota envidioso. Este habia desaparecido.

IV.

La gloria condujo á Van Dyck á Sicilia; la maldad y la envidia le arrojaron de aquel suelo. Despues de una larga residencia en Italia, se resolvió á volverse á su país; más para él aun no habia sonado la hora de la justicia completa. Los canónigos de Courtray le habian mandado hacer un gran cuadro para el altar mayor de su

colegiata. Hizo un crucifijo y eligió el momento en que los verdugos, despues de haber clavado la celeste víctima en el instrumento del suplicio, lo elevaban para fijarlo en tierra.

Terminada la obra se presentó el capítulo.

—¡Detestable mamarracho! Esclamaron al verla todos los canónigos con voz unánime. Nosotros no queremos esa informe composición.

Y se retiraron furiosos.

Van Dyck sin murmurar, ordenó á los obreros que colocasen el cuadro. No pasaba un dia sin que los canónigos quisiesen quemarlo; al fin algunos apasionados al arte llegaron á Courtray y admiraron la grande obra, hasta entónces desconocida; bien pronto sus alabanzas atrajeron una multitud de curiosos. Los miembros del capítulo, algo avergonzados de su ignorancia, fueron á pagar á Van Dyck el precio convenido, y á encargarle otras pinturas.

—Lo que se me debe lo recibo de muy buena gana; en cuanto á trabajar para la colegiata de Courtray, debo confesarlo, no me siento con mucha disposicion. Mañana parto para el Haya, á donde S. A. el príncipe de Orange se ha dignado llamarme.

Y así era la verdad: Enrique Federico de Nassau le habia significado su deseo de poseer de su mano su retrato, el de la princesa y el de sus hijos. A imitacion del soberano, toda la córte queria ser retratada por Van Dyck.

(Se concluirá.)

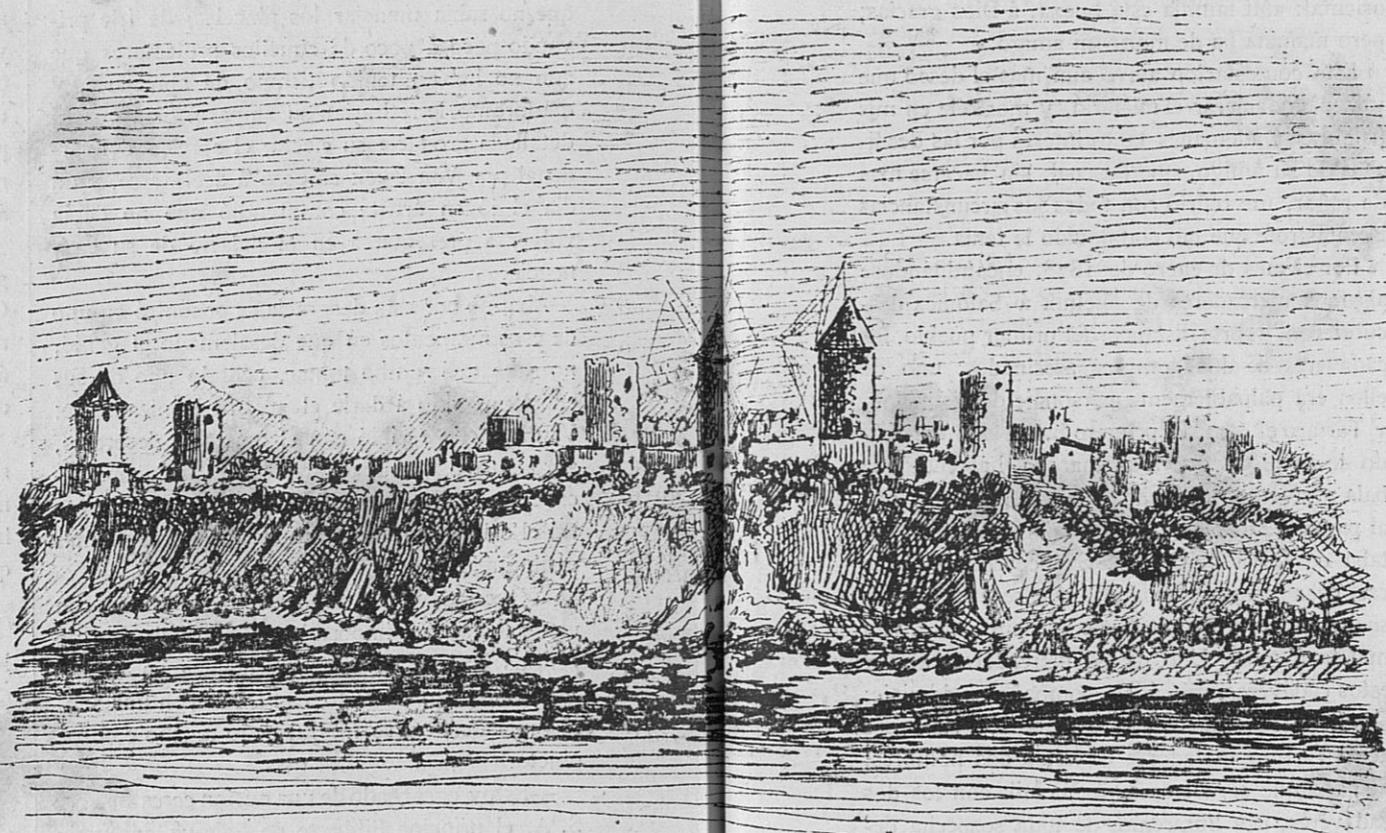
Á UNOS LÁBIOS.

Un beso me diste, Inés,
Y aunque fué no mas un beso,
Aquel beso con esceso
Tuve que pagar despues.

De modo que si meditas
Lo que siempre haciendo vas,
No debes decir que dás,
Dí mejor, Inés, que quitas.

Dádiva que otra gradúa,
Para pedir con lisonja,
Es, cual bizcocho de monja,
Mas que dádiva ganzúa.

Y ya no me maravillo,
Pues voy creyendo que son
Tus lábios tirabuzon,
Que sacan tras sí el bolsillo;



PAISAJE DE LOS ALREDORES DE PALMA.

Aunque es verdad como el puño,
A lo menos para tí,
Que son mas bien Potosí,
Que manan oro de cuño.

Como á pedir te desmandes,
Pasma en tus lábios risueños
Cómo, siendo tan pequeños,
Son en el pedir tan grandes.

Y viéndoles tan alerta,
Cualquiera que son diría
Cepillo de cofradía
Siempre con la boca abierta.

Mas que no lo son arguyo,
Pues aquel, del bien en pos,
Pide por amor de Dios,
Y tú por el amor tuyo.

Tú, si una dádiva sueltas,
Es como quien la alcabala
Paga con moneda mala,
Para llevarse las vueltas.

Y por tanto, en conclusion,
Inés, solo te diré
Que pidas que no te dé
Y daré en la peticion.

JULIO MONREAL.

EL JURAMENTO DEL BAJÁ.

La fuerza del juramento es otro de los rasgos mas característicos de los Turcos. Cuando un Musulman ha prometido su protección nada es capaz de hacerle faltar á su promesa; pero por otra parte, cuando juró vengarse, no hay ley ni afecto que le ataje su cumplimiento. Un acontecimiento trágico que ocurrió cerca de Constantinopla, durante mi permanencia en Oriente, es una prueba sangrienta de esta enerjía nacional.

Teniendo que pasar de Constantinopla á Salónica, emprendí este viaje al mundo de los Turcos, esto es, á caballo, con un guia tártaro. Iba provisto de un firman que me recomendaba á Mustafá, bajá de Salónica, personaje de mucho valimiento con la Sublime Puerta y privado del sultan. Un banquero armenio de Constantinopla me habia dado una carta de crédito contra un paisano suyo, que residia en Mielnik, pueblo crecido situado por el camino de Salónica. El comercio de banco se halla en Turquía en manos de los Armenios.

Al llegar á Mielnik, me hice acompañar inmediatamente á la casa de Pascual, que así se llamaba el Armenio. Al principio no quiso recibirme, lo que me causó alguna sorpresa; pero despues de haber leído la carta que le entregaron de mi parte, mudó de parecer y me recibió con agrado. Era Pascual de edad ya madura; su semblante era grave y distraído; traslucíase en su rostro cierta melancolía, y de cuando en cuando exhalaba dolorosos suspiros. Preguntéle con muestras de interés el motivo de su pesadumbre, y respondiómeme con la concision propia del estilo oriental: «Mi familia está buena, á Dios gracias; pero mañana ha de morir mi amigo.»

Esta contestacion avivó aun mas el deseo que yo tenia de aclarar el misterio, y mostréle en mis palabras y ademanes tanto interés por las desdichas de su amigo, que Pascual, sin hacerse mas de rogar, me refirió con todas sus circunstancias la catástrofe que tan conmovido le tenia.

Por el mes de enero de 1838, encaminándose algunos mercaderes de Mielnik á Salónica descubrieron, á corta distancia del primer pueblo, los cadáveres de dos hombres asesinados: uno de ellos era palpablemente personaje de distincion, y Tártaro el otro. El primero habia sido derribado de un pistoletazo á quemarropa, habiéndole la bala atravesado el pecho; y el Tártaro leal, que al parecer habia querido defender á su amo, estaba cosido á puñaladas. Sus cuerpos estaban casi desnudos; sus caballos, que se encontraron sueltos á corta distancia en el llano, no traian maleta alguna. Uno de los mercaderes, al ver estos cadáveres, dijo á sus compañeros de viaje:

«Si proseguimos nuestro camino, quizás nos acusen como matadores de estos dos hombres; al paso que si volvemos á Mielnik con los dos cadáveres, nos librarémos de toda sospecha denunciando el delito.»

Dicho esto, alcanzaron los caballos, cargaron encima los cadáveres, y esta lúgubre caravana entró en Mielnik, cuyo agá recibió las declaraciones de los mercaderes, mandando esponer en la mezquita principal los cuerpos de los viajeros asesinados, para venir mas fácilmente en conocimiento de sus nombres.

Quiso la casualidad que estuviesen esperando aquel mismo dia en Salónica á Mustafá Bajá; y el agá creyó no deber entablar las pesquisas antes de la llegada de su superior. No bien Mustafá hubo puesto los piés en Mielnik, llegó á su noticia la voz pública del asesinato que traia conmovidos todos los ánimos; pero entre los sujetos de

todas clases que fueron á visitarle aquel dia, ni uno solo pudo informarle de los nombres de las víctimas. Mustafá, indignado con tan horrendo asesinato, encaminó su alazan al lugar santo, y apeándose á la puerta, entró religiosamente en el edificio, seguido de una muchedumbre inmensa.

Veíanse en el centro del templo, tendidos sobre alfombras, con la cara velada y los piés vueltos hácia el Oriente, los dos hombres asesinados. Acercóse Mustafá lentamente, y habiéndose puesto de rodillas para examinar mejor los cadáveres, arrojó un grito de horror; luego arancándose las barbas, se postró sobre el suelo, y permaneció un rato con la frente en tierra, embebido en un dolor mudo y profundo.

Después de una larga pausa que nadie osó interrumpir, se alzó; su semblante estaba pálido, pero severo y satisfecho; echábase de ver que una resolución fija, irrevocable habia sucedido á su primer arrebato de ira é indignación. En este instante, se inclinó otra vez sobre los cuerpos de las dos víctimas, cojió la mano del cadáver que tenia mas cerca, y alzando los ojos al cielo, exclamó:

«¡Oh Seid Mohamed! cuando en el paso del Balkan, protejiste mi vida contra el furor de los Rusos, juré que en adelante serias mi hermano; y ahora hace poco juré por Alá y su Santo Profeta, que jamás bajo mi gobierno quedaria impune el delito. ¡Este juramento repito en este instante en tu nombre y delante de tu cadáver! Yo buscaré tus asesinos hasta en las rejiones mas desconocidas de la tierra; haré correr su sangre á gotas en castigo de su maldad; sus ojos serán pasto de buitres, sus carnes de chacales, sus huesos blanquearán azotados por las tempestades del cielo. ¡Antes sea profanado el sepulcro de mi padre, si trascuerdo mi promesa y mis juramentos! ¡Oh Seid! ¡oh hermano mio! ¡tu me oyes! He dicho...»

Mustafá echó su postrer mirada al hombre á quien tanto amara, y se alejó de la mezquita sin despegar los labios.

Vinculó desde entonces todos sus pensamientos y afanes en pesquisar á los perpetradores del atentado, y prometió una recompensa de veinte bolsas al que le diese los primeros indicios sobre su paradero. Mientras se estaban practicando las pesquisas, se retiró Mustafá Bajá á la casa de Sereski, rico Armenio, donde solia residir todas las veces que pasaba á Mielnik, y encerrándose en los aposentos mas retirados de aquella casa,

se entregó, durante tres dias y tres noches, al mas amargo dolor.

Súpose entonces por la ciudad que el hombre asesinado era Seid Mohamed, íntimo amigo de Mustafá, y que iba enviado á Salónica por la Sublime Puerta, con despachos para el bajá y 400.000 piastras para el servicio público. Seid Mohamed habia llegado á Mielnik en la tarde anterior á la noche de su muerte, y fué visto por algunos habitantes en el baño, desde donde pasó á la mezquita para hacer sus devociones. Conjeturóse con visos de fundamento que habia sido víctima de la codicia de algunos forajidos albaneses que desde algun tiempo estaban infestando la vecindad de la carretera de Salónica, donde cometian tantos robos y asesinatos, que, apesar de las doctrinas del fatalismo oriental, que sostienen la imposibilidad de evitar lo que allá en el cielo está escrito, pocos eran los Turcos que se aventuraban sin buena escolta por aquel peligroso camino. Se supuso que, enterados los Albaneses del motivo del viaje de Seid Mohamed por los emisarios que tenian en el pueblo, se habrian mancomunado para quitarle el tesoro con la vida.

Sereski, el armenio en cuya casa estaba alojado Mustafá, fué admitido por fin, después de tres dias de luto, en el aposento del bajá, quien mostró deseos de hablarle sobre los medios mas conducentes para descubrir á los reos. Manifestóle el Armenio la indignación que le causaba tan horrendo asesinato, y para consolar al bajá, se esplayó en alabanzas de las virtudes de Seid.

«¿Pero acaso no os queda otro amigo, señor? le dijo Sereski al acabar su discurso, con el acento mas tierno y afectuoso; ¿no os queda Sereski, vuestro leal servidor? No lloreis tan desconsoladamente la muerte de Mohamed, pues de lo contrario, creeré que ya no me amais...»

—Sí, Sereski, murmuró el bajá con voz lastimera; ya me consta que tú eres mi amigo y hermano: sé que, á ejemplo de Seid, tú tambien derramarías por mí tu sangre; pero hasta tanto que no haya aniquilado á los asesinos, no sentiré el embeleso ni los halagos de la amistad. Si tú, Sereski, hubieses muerto desastradamente como Mohamed, ¿no fuera forzoso que tu hermano Mustafá vengara esa vida que me ofreces para salvar la mia? No me afees pues mi quebranto; antes bien ayúdame con tus consejos, para que con tu auxilio no se escapen de mi ira y justicia los infames matadores...»

—«¡Así sea!» repuso el Armenio, é inclinán-

dose respetuosamente ante el bajá, lo dejó embebido en su melancolía.

(Se continuará.)

LA PREGUNTA DE LA NIÑA.

Madre mía, yo soy niña;
No se enfade, no me riña,
Si fiada en su prudencia
Desahogo mi conciencia,
Y contarle solicito
Mi desdicha ó mi delito,
Aunque muerta de rubor.

Pues Blasillo el otro día,
Y cantando descuidada
Conducia mi manada,
En el bosque por acaso,
Me salió solito al paso,
Más hermoso que el amor.

Se me acerca temeroso,
Me saluda cariñoso,
Me repite que soy linda,
Que no hay pecho que no rinda,
Que si río, que si lloro,
A los hombres enamoro,
Y que mato con mirar.

Con estilo cortesano
Se apodera de mi mano,
Y entre dientes, madre mía,
No sé bien qué me pedía;
Yo entendí que era una rosa,
Pero él dijo que otra cosa,
Que yo no le quise dar.

¿Sabe usted lo que decía
El taimado que quería?
Con vergüenza lo confieso,
Mas no hay duda que era un beso;
Y fué tanto mi sonrojo,
Que irritada de su arrojo,
No sé cómo no morí.

Mas mi pecho enternecido
De mirarle tan rendido,
Al principio resistiendo,
Él instando, yo cediendo,
Fué por fin tan importuno,
Que en la boca, y sólo uno,
Que me diera permití.

Desde entónces, si le miro,
Yo no sé por qué suspiro,
Ni por qué si á Clori mira
Se me abraza el rostro en ira;
Ni por qué, si con cuidado
Se me pone junto al lado,
Me estremezco de placer.

Siempre orillas de la fuente
Busco rosas á mi frente,
Pienso en él y me sonrío,
Y entre mí le llamo mio,
Me entristezco de su ausencia,
Y deseo en su presencia
La más bella parecer.

Confundida, peno y dudo,
Y por eso á usted acudo.
Dígame, querida madre,
Si sentia por mi padre
Este plácido tormento,
Esta dulce que yo siento
Deliciosa enfermedad.

Diga usted con qué se cura
O mi amor, ó mi locura,
Y si puede por un beso,
Sin que pase á más exceso,
Una niña enamorarse
Y que trate de casarse
A los quince de su edad.

N.

PENSAMIENTOS.

Una fama injusta de discreto ó de valiente, se desvanece tan fácilmente por la discusion y el peligro, como las tinieblas por el sol.

Los mimados de la Fortuna deben ser amables y tolerantes con los desgraciados para no hacerse odiosos á ellos.

Los ricos necesitan ser generosos para hacer perdonable su riqueza.

HÉRCULES.